MIGUEL SÁNCHEZ ZAMBRANO

Homosexualidad

Las razones de Dios



SAN PABLO

La presente obra ha sido revisada en su totalidad por el biblista Joan Morera Perich S.J.

© SAN PABLO 2022 (Protasio Gómez, 11-15. 28027 Madrid)
Tel. 917 425 113 - Fax 917 425 723
E-mail: secretaria.edit@sanpablo.es - www.sanpablo.es
© Miguel Sánchez Zambrano, 2022

Distribución: SAN PABLO. División Comercial
Resina, 1. 28021 Madrid
Tel. 917 987 375 - Fax 915 052 050
E-mail: ventas@sanpablo.es
ISBN: 978-84-285-6722-0
Depósito legal: M. 25.905-2022
Impreso en Artes Gráficas Gar.Vi. 28970 Humanes (Madrid)
Printed in Spain. Impreso en España

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio sin permiso previo y por escrito del editor, salvo excepción prevista por la ley. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la Ley de propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos –www.conlicencia.com).

MIGUEL SÁNCHEZ ZAMBRANO

Homosexualidad

Las razones de Dios

SAN PABLO

Nota del editor

Cada vez se habla más del modo en que la Iglesia aborda y profundiza el tema de la homosexualidad. Sin duda, es una cuestión que levanta pasiones encontradas, discusiones en ocasiones violentas, intolerancia, rechazos y también profundo dolor y sufrimiento a muchas personas. Por eso es importante afrontar el tema con serenidad, con la mirada limpia y con los oídos atentos a las voces de todos.

La Editorial San Pablo decide publicar este texto de frontera, de límite, con el objetivo de provocar el diálogo y de incentivar la profundización sobre el tema. Y lo hace en el conocimiento de que el autor ofrece palabras reflexionadas, discernidas, pasadas por la criba del corazón, a fin de ser escuchadas de manera positiva y honesta, y no con prejuicios o con posturas predeterminadas.

Deseamos, por tanto, que la lectura de estas páginas no derive en fundamentalismos irrestrictos ni tampoco conduzca a conclusiones de que en nuestro tiempo «todo da igual». Hoy como siempre urge la búsqueda de la verdad y la creación de una Iglesia y una sociedad más inclusivas y fraternas.

Reseña biográfica del autor



Miguel Sánchez Zambrano (Granada, 1953) es Farmacéutico, Terapeuta Sistémico y Coach (aunque se autodenomina simplemente Ayudador). Cofundador en 1983 y director hasta 1999 de la Institución Benéfica «Hogar 20», declarada de Utilidad Pública y Premio Nacional Reina Sofía, trata todo tipo de adicciones y desarrolla una comprometida actividad social ante la problemática drogodependiente y los enfermos de VIH.

Miembro docente de la Fundación SM (1990-2002) y Miembro fundador de las Asociaciones AVALON (VIH) y APREX (extoxicómanos) y del Comité Ciudadano Antisida de Granada. Gran colaborador con la Iglesia de Granada, participó en el Congreso de Educadores Cristianos celebrado con motivo de la venida a la ciudad de Juan Pablo II en 1982 y colaboró con la Delegación Diocesana de Jóvenes. También participó como ponente en el Congreso «Evangelización y hombre de hoy», celebrado en Madrid en 1985.

En 1994 fue elegido por el arzobispo José Méndez, miembro del Consejo Pastoral Diocesano. En la actualidad dirige el «Centro de Terapias y Atención a la Familia» en Granada. Ha publicado numerosos artículos, fundamentalmente en la prensa diaria, sobre las relaciones padres-hijos y la problemática en la pareja.

Hombre creyente, manifiesta abiertamente su amor a la Iglesia, definiéndose más espiritual que religioso. Ha dedicado su vida y trabajo a la promoción y desarrollo del ser humano en el ámbito de las relaciones familiares desde una perspectiva abierta e inclusiva.

A todos mis amores:
Al que ahora es;
a los que fueron
y a los que pudieron ser.

Todos los celebro, a todos los bendigo,
porque todos ellos me han hecho más persona,
más creyente y más libre.

Sabías que...

Jesús dejó claro que el pecado de Sodoma fue la inhospitalidad de sus habitantes (Lc 10,12). La Teología actual lo confirma: El pecado fue intentar abusar de los ángeles del Señor, no respecto al acto sexual en sí, sino en cuanto a lo que significaba de negar hospitalidad, virtud sagrada del Pueblo de Dios.

Cuando el centurión romano pide a Jesús la curación de su siervo, en realidad le está suplicando la salud de «mi muchacho amado», traducción de las palabras *«entimos»* y *«pais»* (Mt 8,5-13).

El beato Bernardo de Hoyos narra esta visión: *«El Señor me entregó un anillo y me dijo: "Tú eres mío y yo soy tuyo". Considera tu gloria como la de mi cónyuge»*.

Textos griegos del martirologio de los santos Sergio y Baco los describen como *«erastai»,* amantes.

Veinte obispos y cardenales de Europa, África y América defienden, apoyando el movimiento LGTB, la relación estable entre iguales. Entre ellos Cruz Santos, obispo de Brasil, afirma: *«Si la persona no elige ser gay, la atracción por el mismo sexo solo puede ser un regalo de Dios»*.

Prólogo

El psicoanálisis nos ha puesto de manifiesto que la sexualidad humana, por su misma naturaleza, nos remite a una dimensión de la persona que moviliza siempre, de una manera o de otra, importantes ansiedades y temores. Frente a ella se alzan invariablemente defensas y cautelas que pueden ser sanas y convenientes para el desarrollo normal de la persona o que, también, cuando poseen un carácter irracional y meramente represivo, pueden conducir a graves trastornos del comportamiento. Por sus profundas raíces inconscientes, además, la sexualidad se representa como una dimensión que escapa a un completo control y manejo por parte de la racionalidad consciente. La búsqueda, pues, de una armonía en este campo, una conciliación que pudiera contribuir a una expansión de la personalidad, constituye una tarea con la que todo ser humano se ve confrontado a lo largo de toda su existencia.

Pero si la sexualidad, en general, se presenta como un ámbito siempre difícil y complejo para el desarrollo personal, dentro de ella, la dimensión homosexual, comporta elementos específicos de angustia y tensión. La razón es bien sencilla: la corriente homosexual forma parte indisociable de toda sexualidad humana y cada cual tiene que habérselas con ella en la propia configuración de su última identidad sexual. La diferente canalización que se pueda ofrecer a dicha corriente

(fundamentalmente de represión, orientación o sublimación), traerá consigo unos modos diferentes de situarse frente a aquellas personas cuya dinámica personal se vea fundamentalmente definida por dicha orientación afectivo-sexual. Es de sobra sabido que la homofobia debe su origen fundamental a una mala gestión de la propia dimensión homosexual, cuando esta no se ve suficientemente asumida y elaborada.

Pero si la sexualidad en general y la homosexualidad en particular suscitan ansiedades a todo sujeto humano, esas ansiedades y sus consiguientes defensas se dejan ver también en el cuerpo social y en las instituciones que le representan.

Estas tienden a reforzar los controles y defensas a lo que, también como cuerpo institucional, experimentan como una amenaza. Las instituciones, en efecto, viven como un peligro el libre juego de la sexualidad ya que de ningún otro ámbito como este expresa la reivindicación de lo íntimo, de lo singular, de la subjetividad frente a la obligada objetividad de la norma que la institución exige y en la que encuentra su fundamento y poder. De ahí que toda institución de izquierdas o de derechas, religiosas o laicas, hayan mantenido siempre relaciones complejas con la sexualidad. Una cuestión de poder se sitúa de por medio. Así se ha dejado ver en el control de la sexualidad, que siempre han pretendido tanto tiranías religiosas como civiles y políticas, ya sean de izquierdas o de derechas.

Las formaciones religiosas, por su parte, cualesquiera que sean, han mantenido siempre unas vinculaciones estrechas, complejas y ambivalentes con la sexualidad, ya sea sacralizándola como lugar privilegiado de acceso a lo divino, ya sea convirtiéndola en el principal de los tabúes, como si ella fuese el ámbito de oposición más radical a lo sagrado. Los tres gran-

des monoteísmos (judaísmo, cristianismo e islam) han elegido preferentemente el segundo camino. Sin duda en ello han influido las importantes conexiones que existen (y en las que ahora no es cuestión de adentrarse) entre la idea de un Dios esencialmente masculino y paterno, tal como se ha configurado en las representaciones dogmáticas de estas formaciones religiosas, y el deseo sexual.

Dentro de este ámbito religioso monoteísta, el cristianismo además se ha visto influido de modo decisivo por algunas corrientes filosóficas greco-latinas que determinaron buena parte del pensamiento de los orígenes de la Iglesia. Empédocles llegó a cuestionar el mismo matrimonio como espacio de expresión de la sexualidad. Y es bien conocido cómo las corrientes de pensamiento neoplatónicas, epicúreas y estoicas, jugaron un papel determinante en la posición frente a la sexualidad que se fue desarrollando en los primeros siglos de la era cristiana.

Todo este conjunto complejo de factores, a la vez de orden psicodinámico y sociocultural, ha contribuido, sin duda, a que la posición actual de la Iglesia católica frente al campo general de la sexualidad sea bastante complicada y problemática. Un conjunto en el que la cuestión homosexual habría que verla tan solo como un apartado, una expresión sintomática más, de un problema de fondo más general, en el que la sexualidad pareciera constituirse como el campo de oposición central en el que se juegan las buenas o malas reacciones con Dios. De ahí el extremado control que se pretende mantener sobre ella. De hecho, toda la rica, variada y extensa realidad sexual queda reducida en los planteamientos eclesiales a que su único campo de expresión sea en el de unas relaciones, dentro del matrimonio indisoluble, en las que, siempre y en todo caso,

se mantenga abierta la posibilidad de la procreación. Todo uso de la sexualidad que escape a esta apertura al objetivo biológico procreativo dentro del matrimonio heterosexual (homosexualidad, masturbación, relaciones prematrimoniales, fecundación in vitro, contracepción, etc.) queda fuera de lo establecido moralmente.

Desde este punto de vista hay que considerar, pues, que la homosexualidad no es tanto el problema, sino que es tan solo una manifestación más de un problema de fondo, que es el de la problemática de relaciones que la institución eclesial mantiene con la sexualidad en general. Lo cual no quita que en la homosexualidad se añadan, como ya hemos visto más arriba, una serie de ansiedades y fantasmas específicos. Todo ello ha dado pie a que las personas con una identificación fundamentalmente homosexual (nadie lo es al 100%, como tampoco nadie es al 100% heterosexual) hayan sufrido una particular marginación y exclusión que, interiorizada, se ha convertido en una fuente de sufrimiento interno, tantas veces de carácter escandalosamente dramático. La persecución, la hoguera, la confiscación de bienes, la exclusión de los sacramentos, del orden ministerial y jerárquico, etc., han sido dramas que, legitimados por una moral eclesial, han padecido multitud de hombres y mujeres en el seno de la institución eclesiástica.

Frente a este estado de cosas, se alza la voz de Miguel Sánchez Zambrano en este bello, sugerente y valiente texto que prologamos.

Una voz que, en primera persona, grita con un espíritu libre y profético, apoyado en mil razones de Dios a favor de un cambio radical de la posición de la Iglesia respecto al mundo homosexual. Razones para aliviar el sufrimiento de tantos hombres y mujeres proscritos en lo más íntimo de su ser; razo-

nes para propiciar un cambio de la Iglesia que afectaría, por lo demás, de modo más amplio, a su modo de contemplar la realidad humana y al modo de proclamar el mensaje de Jesús de Nazaret; razones, en definitiva, para soñar una visión del ser humano acogedora, comprensiva y estimulante de todo lo que pudiera llegar a ser en plenitud.

Miguel grita con pasión. La que nace de su propia historia personal marcada por el sufrimiento de la vida oculta y auto condenada injustamente. Grita también con belleza, porque su decir es un decir limpio, fluido, hermoso y bien trabado. Pero, junto con la pasión y la belleza, grita igualmente con el arma poderosa de la razón, con muchas razones, miles de razones, para que se lleve a cabo esa obligada transformación de la actitud y de la norma de la Iglesia, su Iglesia, respecto a todos los que sufren todavía esa misma condena.

Es su Iglesia. Porque desde la primera línea se deja ver la hondura de una creencia en el Señor Jesús y en su Evangelio, de donde mana lo más importante de su reivindicación en el seno de la comunidad cristiana. Es mucho lo que en esa comunidad cristiana ha sufrido. Pero ese sufrimiento no ha puesto en cuestión su íntimo sentido de pertenencia al grupo de seguidores de Jesús entre los que, Miguel sabe reconocer, existen dirigentes que tienen una responsabilidad especial en el cuidado de la comunidad. Es por eso, porque se siente formando parte, por lo que grita y clama a favor de un cambio que haga más transparente y atrayente el mensaje del Reino ante el mundo.

Se podrán discutir algunos argumentos, se podrán debatir algunas de las conclusiones (yo mismo lo he hecho). Pero para eso se exponen, para que nos ayude a todos a pensar, repensar y reformular nuestras actitudes de fondo y nuestras pautas de

conducta en un asunto, el de la sexualidad en general, y el de la homosexualidad en particular, en el que se juegan dimensiones decisivas de la proclamación del Evangelio ante el mundo. Bienvenido sea este texto a la vez bello y valiente que, nacido de lo más hondo de una experiencia íntima y personal, puede ayudarnos a todos, sencillamente, a ser mejores personas.

Carlos Domínguez Morano S.J.,
Psicólogo

Nota inicial del autor

La identidad homosexual es obra de Dios. No es elección humana. Sí nos cuesta entender por qué Dios la ha otorgado a un significativo número de sus hijos e hijas, y no nos queda otra salida que intentar profundizar en el misterio insondable de su amor y escudriñar sus posibles «razones».

Tras diez años de trabajo, indagación e investigación, me atrevo a exponer las «razones» (naturalmente, según mi parecer) de porqué Dios «decidió» crear criaturas homosexuales. Las he deducido, digamos que, en versión libre, tras «escuchar» lo que me ha ido diciendo, durante años, el estudio de la Escritura y prestar atención a mi propio corazón y al de tantos hermanos y hermanas que optaron por pedirme ayuda terapéutica para intentar superar su dolor y sufrimiento al sentirse rechazados por la sociedad, imbuida por una cultura religiosa que les condena, así como ayudarles en la gratificante búsqueda de una felicidad a la que, obviamente, todos tenemos derecho. Este objetivo es el que persiguen las siguientes páginas, esperando que las personas homosexuales y LGTBI en general que las lean encuentren una ayuda para ser más felices, y las heterosexuales para amar lo que son, sin rechazar ni condenar lo que no son.

A lo largo de años de trabajo profesional, he aprendido la importancia de ser uno mismo *«aceptando íntegramente el*

propio ser» (como escribe mi tía María Zambrano). Ardua tarea la de todo homosexual que se encuentra inmerso en una cultura y una sociedad todavía homófobas. Con el objetivo de intentar ayudar en este sentido, me he esforzado para que las palabras aquí escritas estén cargadas de razones, pero también de emociones, de dolor, a veces de rabia y otras veces de alegría, al sentirme amado por Dios tal como Él me quiso hacer, homosexual, con la feliz colaboración de mis padres. Por tanto, la pretensión de este libro queda muy lejos de intentar convencer de nada, ni mucho menos justificar nada. Solo deseo aclarar, discernir, abrir caminos al debate y la reflexión. Ni quiero vencer, ni tan siquiera convencer. Solo deseo expresar, comunicar y, quizás lo más importante, compartir, pretendiendo aportar mi grano de arena (ojalá fuesen muchos) para ayudar en la comprensión respecto al amor que el homosexual siente y desea compartir y que este solo difiere respecto al género de la persona a la que amamos. Desde el principio Dios me soñó homosexual y le reconozco en quien yo soy. Por tanto, ¡Dios me ama! y es ese amor, sentido de Dios, el que me ha llevado, como no podía ser de otra manera, a amar a quien me lo mostró a través de la vida de su Hijo Jesucristo. Y esta no es otra que la Iglesia católica. A ella (y a mis padres), les debo el haber conocido la Palabra liberadora que emerge en las Escrituras. Sí, antes de pasar al primer capítulo, deseo expresar mi amor a la Iglesia. A esa Iglesia que a mis 14 años me condenaba sin remisión por sentir lo que sentía, en lo más íntimo de mi ser.

Esa Iglesia que, a través de sus sacerdotes, me decía que me condenaría para siempre si osaba expresar y compartir mis sentimientos, emociones y excitaciones con otro semejante a mí, con un igual.

Pero la misma Iglesia me ofrecía la llave para librarme de esa condena eterna. La llave de la Palabra y el amor de quien es su fundamento, su origen y su fin: Jesús, el Hijo de Dios.

Sus palabras, las de la Iglesia, me rechazaban, al tiempo que la Palabra transmitida por ella me acogía, me abrazaba y aceptaba.

Amo a esta Iglesia porque me ha enseñado que soy digno de ser amado y serlo tal como soy y siento, incluyendo compartir ese sentir con otro, aunque ese otro sea un igual. Amado en primera persona y nada más y nada menos que por el mismísimo Dios.

Aunque en tantas ocasiones madrastra, no puedo (ni quiero) dejar de decir: ¡Gracias, Madre! Y que la luz sobre el controvertido tema que nos ocupa llegue a brillar en los corazones de los hombres y mujeres de buena voluntad, al igual que cada uno de nosotros –homo y heterosexuales– brillamos en el corazón de Aquel que nos creó.

1

Introducción: Mis razones

«Angustia tengo por ti, que me fuiste muy dulce.
Más maravilloso me fue tu amor que el amor de las mujeres».
David a la muerte de Jonatán (2 Samuel 1,26).

Verano de 1964. Tenía 11 años y pasaba el mes de julio y agosto en la casa de campo (cortijo, en andaluz) que mis padres poseían a 25 km de Úbeda (Jaén). En realidad, eran dos cortijos unidos y los trabajadores agrícolas aún vivían en el mismo lugar de su trabajo, de modo que en «La Aldehuela», ese es su nombre, habitaban 6 o 7 familias con sus correspondientes 13 o 14 hijos, que no conocían la escolarización.

Recuerdo aquellos primeros días de verano con mucho calor y otro tanto de aburrimiento. Mi padre me lo notaría en la cara o, claramente, yo se lo expresé. El caso es que, de pronto, me regaló una singular idea (lo singular creo que fue la interpretación que yo le di): *«Oye, Miguel, ¿por qué no organizas una escuela con estos niños, así os entretenéis?, ¿qué te parece?». «Vale, papá»,* contesté de inmediato, mientras mi cabeza empezaba a bullir.

Naturalmente mi padre me estaba invitando a jugar a «maestros y alumnos» al igual que podía habérsele ocurrido a «médicos y enfermos». Pero yo me lo tomé tan al pie de la letra, que de aquella indicación surgió una escuela real (nada de juego), que se prolongó hasta 1976. Mi iniciativa y afán emprendedor empezaban a emerger con fuerza. El caso es

que, literalmente, me entusiasmé y, rápidamente, busqué una habitación (un pequeño almacén de trastos agrícolas y domésticos); recopilé unas mesas, sillas y, lo más importante, aquella misma tarde (o la siguiente que fuéramos a Úbeda a visitar a mi abuela Eugenia), me fui a comprar bolígrafos, libretas, cartillas y un catecismo para cada chiquillo que aspirara a ser mi alumno, si aceptaba aquel «juego-realidad».

Fueron seis los primeros que formaron el alumnado y por tanto adquirí seis unidades de cada elemento antes citado en la librería que, por entonces, había al principio de la calle Real, en la acera de la izquierda.

Estaba claro que reproducía fielmente lo que yo vivía en el colegio de los Escolapios de Granada, donde estudiaba. Y estaba claro que mi incipiente religiosidad (que poco a poco evolucionaría hacia una fuerte espiritualidad), arraigaba en mí, trasladándola a los que me rodeaban.

Fue con 14 años cuando el padre escolapio nos reunió en clase para darnos algunas «orientaciones sobre sexualidad». Estaba sentado en el borde de la mesa y justo delante de la fila de pupitres que arrancaba delante de la misma. Yo me encontraba en la tercera fila, a unos tres metros de él. La charla duró una hora (naturalmente sin opción alguna a preguntar nada de nada, lo hubieras entendido o no). Daba igual comprenderla, pues se trataba de asimilar o grabar lo dicho, sin posibilidad de objetar nada de lo expuesto. De aquella hora solo recuerdo con nitidez los segundos que pudieran durar las siguientes palabras: *«...y tened muy claro que, si tenéis alguna vez relaciones con una chica, Dios os castigará con el infierno, y si se os ocurre hacerlo con un chico, entonces será mucho más horrible para Dios y os castigará doblemente. Nunca lo hagáis con una chica, pero jamás, nunca jamás, se os ocurra hacerlo con un chico».*

Hacía tres años que había descubierto la sexualidad con otro chico. Aquel juego de preadolescentes me pareció un regalo de Dios que, de golpe, tras las duras palabras del padre escolapio, se transformó en un tremendo temor al más severo de los castigos. Temeroso acudí al despacho del sacerdote y con el miedo (pánico) a ser «descubierto», le pregunté acerca de lo anteriormente oído. Sencillamente, sin darle más importancia y sin siquiera mirarme, vino a repetir una a una las palabras condenatorias ya oídas anteriormente. Mucho tiempo después, estudiando mi caso (soy Psicoterapeuta) entendí que en aquel momento quedé en estado de *shock*. Por último, decir que vivía una fe experimentada desde pequeño, educado en las Siervas del Evangelio de Granada y en una familia de arraigada tradición católica.

El trauma emocional sufrido tras las palabras del escolapio, lo gestionó mi mente somatizándolo en un foco epiléptico, que se manifestó a mis 22 años, dando así salida a la fuerte tensión acumulada durante los años precedentes. Mi proceso patológico lo expongo en el capítulo siguiente.

Volviendo a aquel verano del 64, aquella escuelita funcionó once años (solo en vacaciones, claro está), llegando después la creación, en 1982, del Centro «Hogar 20» (primer Centro profesional de atención a drogodependientes de Andalucía, declarado de Utilidad Pública y Premio Nacional Reina Sofía) y ya, por último, en 1998, el «Centro de Terapias y Atención a la Familia» en el que actualmente trabajo.

La matriz de todo este recorrido, en el que he ido aunando lo vocacional y lo laboral, fue la intención de ayudar a los demás (en definitiva, ayudarme a mí mismo), no ya a que solucionaran sus problemas, sino a que encontraran en sus vidas una salida feliz a su sufrimiento o situación tantas veces

cuajada de dolor y frustración. En este particular *ranking* de ayuda, ocupan un lugar señalado las personas, mayoritariamente varones, que han acudido a mí en busca de alivio a su gran drama, que podría resumirse así: *«Soy homosexual y estoy lleno de culpa. La Iglesia me ha enseñado que Dios no acepta que pueda amar a alguien que sea un igual. Cada vez que lo hago, me invade la culpa y la frustración»*. Y es que no hay posibilidad alguna de que una persona homosexual –hombre o mujer– pueda vivir, de modo efectivo, conforme a la orientación concreta que siente y, al mismo tiempo, permanecer fiel a Dios. No hay ninguna posibilidad según la Iglesia católica, lo cual, redunda en un fuerte sentimiento de culpa y división interna de muchos hombres y mujeres que se consideran cristianos y que, perteneciendo a la Iglesia, desean seguir en la misma, a pesar de constatar no ser aceptados en la práctica amorosa de su identidad sexual.

La persona cristiana con este perfil se ve abocada a vivir en una dicotomía imposible de soportar: según la Iglesia, la atracción que siente por las personas de su mismo sexo no es mala ni pecaminosa (algo hemos adelantado, en verdad), pero ha de reprimirse, pues de lo contrario, si la consuma, aunque sea amando desde el corazón a la otra persona de igual sexo y de la que a su vez se siente correspondido, en todos los casos y sin distinción alguna, incurrirá en un acto pecaminoso e intrínsecamente desordenado *(Catecismo de la Iglesia católica,* nn. 2357-2359). Quiere decir que quien se sienta atraído por un igual no está condenado por la Iglesia, pero si desea realizarse en esa atracción y amar a ese igual, le espera o bien la más severa condena, o bien la soledad si opta por reprimir los, para él, naturales deseos. ¿Quién, sintiéndose cristiano y amando a un igual, puede vivir así?

Han sido muchos los que me han solicitado ayuda ante este drama culpatorio y confirmo que la nota que me doy a mí mismo, en cuanto a la eficacia de la misma, no llega a superar el aprobado. La fuerza emocional de esa culpa y esa frustración basadas en su fe religiosa (o mejor, en las enseñanzas recibidas de la Iglesia) han podido con la fuerza de mis posibles razonamientos y argumentos, al menos en la mayoría de los casos.

Pudiera ser que una ayuda basada en la aceptación de su identidad sexual, conjugándola con lo que la Iglesia predica («Las personas homosexuales están llamadas a la castidad» *(Catecismo de la Iglesia católica,* n. 2359) hubiese sido eficaz. Pudiera haberlo sido con tal que yo creyera en lo expuesto por esta. Pero no creo en esa castidad obligada. Nunca lo creí, por lo que una supuesta propuesta terapéutica (aceptación de la identidad sexual de la persona y comportamiento casto, según las directrices de la Iglesia) hubiera resultado aún más dolorosa para el ayudado. Siempre entendí a Jesús (y así me lo enseñaron mis educadores cristianos) animando a no aceptar la doctrina que supusiera la intolerancia e irracionalidad, a saltársela y a liberar al hombre de la opresión de la ley (aunque fuera religiosa). Justamente es lo que hizo Jesús, pero claro yo no soy Jesús y, naturalmente y bien a mi pesar, no he tenido nunca su éxito. Me refiero al éxito concreto con personas concretas en situaciones concretas, en que se contraponía el sentido común (y el corazón) con la ley religiosa, en que chocaban frontalmente lo que dictaba Jesús y lo que dictaban los constructos mentales de los que se consideran con autoridad para contradecir la esencia de lo dicho y proclamado por él. Basta con remitirnos a la actitud de Jesús ante la adúltera: la ley religiosa mandaba apedrearla, el corazón de Jesús mandó liberarla... y todos obedecieron.

Tras el estudio de varios libros sobre el tema, tras mi personal discernimiento de muchos años sobre el mismo (fruto de mi dolorosa experiencia) y tras ver sufrir a tantas personas que he intentado ayudar, me he decidido a aportar por escrito lo que deseo, sea un poco de luz, un poco de paz, un poco de racionalidad y un poco de amor. Y todo esto, aunque solo fuese por sincero agradecimiento a Dios, que a mis once años me regaló una magnífica experiencia personal en lo concerniente a haberme creado sexuado, antes, mucho antes de que ningún otro hijo suyo (sacerdote escolapio en este caso) pudiera condicionarme con su mensaje cargado de culpa y condena, contradiciendo esa excepcional experiencia.

Como decía líneas más arriba, muchas personas me han hecho confidentes de su sufrimiento. Creo que mi ayuda no las liberó del mismo, por lo que de algún modo tengo algo pendiente con ellas. Algo muy importante. Tan importante como para decidirme a escribir estas páginas y, en nombre de todos ellos y por supuesto en el mío propio, denunciar algo para mí irrenunciable: el rechazo de la Iglesia hacia los homosexuales y las personas LGTBI en general es un ejemplo de injusticia social institucionalizada, basado en parciales interpretaciones de la Sagrada Escritura y en una adhesión ciega (ni científica ni racional) a tradiciones falsamente consideradas como leyes naturales y divinas. Frente a ellas, hago mías aquellas palabras de Jesús que nos dice que Dios se complace en la misericordia antes que en el cumplimiento de las normas (Mt 9,11-13). La Iglesia oficial no ha logrado aún abrir su corazón ante la realidad que mantiene en el sufrimiento a muchos de sus hijos, ni ha desplegado todas las posibilidades del mensaje liberador de Jesús, que acabaría con el aludido sufrimiento. Si los agentes de evangelización no están dispuestos para ayudar a liberar

tanto y tan hondo sufrimiento, no queda otro remedio que intentarlo prescindiendo de ellos. Eso sí, con el ferviente deseo de que un día se unan a tan ardua y liberadora tarea.

Lo expuesto en estas hojas es solo una aportación más y quede claro, sin pretensión alguna de autoridad (sencillamente no la tengo), lo cual no deja de hacerme sentir cierto regusto de libertad. Solo me mueve la posibilidad (aunque sea solo posibilidad) de que mis hermanos y hermanas gays y lesbianas (personas LGTBI), encuentren un capítulo, una frase, una palabra con la que identificarse y, reconociéndola como propia, los haga un poco más libres, un poco más felices y, porque no, un poco más creyentes.

Me sentiré colmado si esto ocurre en uno solo de los que hayáis decidido leerme. Y si no fuese así, siempre me quedará la esperanza de que eso ocurra en algún futuro lector.

En cuanto al daño concreto que hube de sufrir, gracias a los sermones y a los mensajes educativos de mis principales educadores, se resume en el foco epiléptico que, como decía, se manifestó a mis 22 años. Mi mente explotó ante la profunda contradicción existente, entre lo vivido y lo escuchado por los que yo entendía dedicados a preservar y transmitirme el mensaje de Jesús. El foco fue la consecuencia de la profunda división que viví en mi propio mundo afectivo-emocional. Siempre sospeché el motivo de esa «explosión» interior que fue mi epilepsia. Con el tiempo, me he permitido estudiar a fondo por qué se produjo en mi mente aquello que vengo en llamar de ese modo, pero esto queda pendiente para el segundo capítulo de este trabajo. Quedan así expuestas, en estas primeras páginas, «mis razones» para el desarrollo del tema que nos ocupa, aunque no obstante mi última y definitiva razón es realizar mi propia catarsis, mi definitiva clarifi-

cación, mi propia limpieza interior de tanta confusión, falta de aceptación, división, sufrimiento... acumulados durante años y que he observado y sigo observando en tantas y tantas personas creyentes que, como decía, han buscado en mí un poco de ayuda.

He aquí mi penúltimo intento de ofrecerla y, sobre todo, deseo que esta sea realmente útil.

Índice

Nota del editor 5
Reseña biográfica del autor 6
Sabías que... 9
Prólogo (Carlos Domínguez Morano S.J.) 11
Nota inicial del autor 17

1 Introducción: Mis razones 21
2. Razones para el sufrimiento 29
3. Razones para desmontar el rechazo 43
4. Razones para desmontar la condena 69
5. Razones para el cambio de la Iglesia 111
6. Las razones de Dios 177
7. Razones para el matrimonio y la adopción 207
8. Razones para una Teología homosexual 231
9. Razones para el perdón 275
10. Razones para soñar 297

Epílogo (R.A.O.) 307
Nota final del autor 311

Anexo nº. 1: Bendición nupcial para uniones de parejas del mismo sexo 313
Anexo nº. 2: El desprecio al homosexual en la lengua castellana 321

Anexo nº. 3: Breve reseña de Gilbert Baker (Creador de la bandera Arcoíris) 325
Anexo nº. 4: Asociaciones y Comunidades LGTBI..... 327
Anexo nº. 5: Oración pronunciada en la Celebración del Matrimonio religioso entre dos personas del mismo sexo 329
Anexo nº. 6: La fe del centurión homosexual cura a su amigo 331
Anexo nº. 7: Hoy vuelvo a ser..... 343

Inspiración (Bibliografía consultada) 351

Se terminó de escribir este libro el 25 de marzo de 2022,
festividad de Ntra. Sra. de la Encarnación.

Homosexualidad. Las razones de Dios descubre múltiples aspectos históricos ocultos durante los veintiún siglos de cristianismo. El autor escribe, desde el respeto, en defensa decidida de esa minoría discriminada por lo que debería ser lo más inviolable del ser humano: el hecho de amar, aunque el amado o la amada sea del mismo género. Terapeuta de familia, nos desgrana desde su amor a la Iglesia, sin rencor, sin pudor y desde el perdón, cómo posicionarnos ante el rechazo y discriminación sufrida por lo que es una virtud: amar. A lo largo de sus páginas, se nos propone un cambio real, de inclusión plena, aceptándonos unos a otros como seres humanos (sin importar la identidad sexual), ya sea en las esferas políticas, culturales, sociales, familiares y, sobre todo, la religiosa, pues como afirma el autor *«antes que ninguna otra identidad (incluida la sexual) debería prevalecer la de hijos de Dios, la que nos iguala y nos hace hermanos».*

Solo cuando el hombre
acepta íntegramente su propio
ser, comienza a vivir por entero.

María Zambrano

ISBN 978-8428567220

www.sanpablo.es

SAN PABLO